

## LA LIBERACION DE LA TEOLOGIA

**Por: J. Ruben Lores.**

En muchos círculos se habla hoy día de la teología de la liberación. Inclusive, en nuestro Seminario se ofreció este semestre un seminario sobre este tema. Originada en pensadores católicos de vanguardia, la teología de la liberación representa un intento serio de reflexión sobre la respuesta evangélica a los problemas políticos de nuestra América.

Pero nuestro tema no es la teología de la liberación sino la liberación de la teología. No se trata de un mero juego de palabras. Estamos enfocando aquí un tema que es tan amplio y tan serio como la teología misma. No nos referimos a la teología en particular sino a toda la gama de estudios teológicos. Nuestro tema sugiere que se ha operado una nueva toma de conciencia respecto al ámbito y fun-

ción de la teología en relación con lo que hasta aquí se ha considerado clásico o tradicional.

La frase connota un "yo acuso" o, por lo menos, un cuestionamiento serio en cuanto a la relevancia del enfoque tradicional de la teología, o más correctamente, de la enseñanza teológica, a los problemas que la iglesia confronta en su ministerio de servicio, y las preguntas y las respuestas que el mundo violentamente plantea.

Efectivamente, cuando hablamos de la liberación de la teología estamos sugiriendo que desde el punto de vista de la hora presente en Latinoamérica consideramos que la teología tradicional está aprisionada y por lo tanto no puede ejercer la función rectora, creadora, profética, servicial que está llamada a realizar. No nos estamos haciendo eco aquí de esa actitud antiteológica que recurre periódicamente en la historia del pensa-

miento unas veces por reacción anti-intelectualista y las más de las veces por diversas crisis de fe con respecto a los postulados de la teología. Lo que vamos a decir lo planteamos en defensa de la teología. Inclusive, no estamos atacando aquí la herencia que el reflexionar teológico de casi 2,000 años nos ha legado. Todo lo contrario, abogamos por la mayor seriedad y competencia en la labor teológica y creemos estar haciendo una contribución para librarnos de la mediocridad teológica en que irremediablemente caemos si no miramos críticamente a la manera en que se enseña la teología y al enfoque general que tradicionalmente se le ha dado a los estudios teológicos.

Hace dos años se celebró en la ciudad de Sao Paulo, Brasil, una consulta sobre el tema ¿Qué significa educar teológicamente? Allí estuvieron presentes educadores teológicos y estudiantes de teología de todo el continente. Las preocupaciones que allí se expresaron y los asuntos tratados en las ponencias y grupos de estudio giraron en torno a los problemas que aquí queremos comentar.

No se trata de liberarnos de la teología; antes bien, nuestro clamor es que la teología nos libere, o más propiamente, que se convierta en un agente de liberación. Para que esto pueda suceder, creemos que se hace necesario un proceso de reflexión y cambio que aquí estamos llamando la liberación de la teología.

En aras de la claridad y de la brevedad, voy a desarrollar el tema bajo dos acápites: liberación de qué y liberación para qué.

## LIBERACION DE QUE

En primer lugar la teología necesita liberarse de las categorías metafísicas. Es un hecho innegable que el reflexionar teológico, arrancando desde el propio San Juan y pasando por la Patrística y la Edad Media hasta nuestros días, ha utilizado como agente casi exclusivo de expresión y comunicación el lenguaje de las filosofías contemporáneas a cada desarrollo teológico, y que, como generalización podemos caracterizarlo como el lenguaje abstracto, racionalista de la metafísica. No estamos abogando aquí por el completo abandono de las categorías metafísicas para las cuales no se han desarrollado sustitutos adecuados.

Pero sí estamos abogando casi frenéticamente porque nos rebelamos contra la hegemonía que esas categorías han impuesto tradicionalmente al pensamiento teológico y concedamos legítimo lugar a las categorías que la filosofía contemporánea, y particularmente las ciencias sociales, han contribuido en su búsqueda de soluciones a los problemas del hombre y la sociedad contemporáneas. Aclárese bien que no estamos tratando de relativizar en modo alguno las verdades mismas del Evangelio. Estamos tratando aquí con el problema del lenguaje que refleja la manera como el hombre se plantea y replantea la problemática de cada generación. En ese sentido, nadie puede insistir en que el lenguaje del siglo primero o de la Edad Media, o del siglo XVI, o del siglo XIX tengan más mérito que el de cualquiera otra época.

Y no es que estemos simplemente abogando porque el teólogo

conozca a fondo las categorías que nuestra cultura actual ha desarrollado para responder a ella con lo mejor de nuestro vocabulario tradicional. Lo que se impone es un esfuerzo creador para llenar de contenido verdaderamente evangélico las categorías con que el hombre actual expresa sus protestas, sus ansias y sus reivindicaciones. Porque ¿cómo podríamos abordar con sinceridad los clamores de la sociedad por la justicia social, la solidaridad de los pueblos, la igualdad racial, la dignidad del hombre, y temas semejantes, si no podemos demostrar en categorías y lenguaje que el hombre contemporáneo entienda, que precisamente el evangelio responde a sus clamores; que Dios no sólo se identifica con ellos en sus justas aspiraciones sino que ha hecho la provisión en Jesucristo? Cuando en el Seminario ofrecemos cursos sobre la Teología de Liberación, o la relación entre Cristianismo y Cultura Negra, o sobre las Actitudes Políticas en la Historia Bíblica; o cuando los estudiantes desarrollan tesis sobre la Actitud Cristiana frente a la Violencia, o un Enfoque Político del Evangelio según San Juan, no estamos desviándonos ni un ápice de la verdad revelada ni de la fidelidad al Evangelio que ha caracterizado a esta institución durante cincuenta años. Lo que estamos proclamando con este énfasis (sin descuidar otros aspectos de la formación teológica) es que la teología no es una reliquia que ha de ser conservada. El reflexionar teológico es el instrumento que Dios ha dado a cada generación para que con voz profética proclame a los hombres la respuesta divina a los problemas del hombre de cada generación.

En segundo lugar, la teología necesita ser liberada de la **tendencia a la verbalización que se agota en sí misma**. Vivimos en una época que demanda más que planteamientos grandiosos, soluciones heroicas. No hay por qué seguir dando pie a la imagen del teólogo como un “devorador de libros” que se deleita más en escuchar una conferencia sobre el cielo que en llegar al cielo mismo, y que puede pasar infinitas horas discutiendo sobre “la miseria del hombre” pero no tiene interés o tiempo para tomar contacto vivo con el “hombre de la miseria”.

Hoy más que nunca, en razón de las muchas ideologías mesiánicas que privan en el ambiente, el teólogo cristiano está obligado a mantener su ortodoxia, vale decir, la corrección de sus postulados doctrinales. Pero no es menos cierto que el teólogo tiene que salirse de su torre de marfil para demostrar en la calle su ortodoxia a través de su ortopraxis, esto es, a través de la correcta puesta en práctica de la doctrina con todos los riesgos que fueren necesarios, siguiendo el ejemplo de nuestro Señor.

Otro aspecto que requiere revisión es lo que podríamos llamar **la función policiaca de la teología**. Me refiero a la utilización que se ha hecho de la teología para defender el **statu quo** en una época o situación dada. Cuando ésto ha sucedido, la teología ha renunciado a una de sus funciones esenciales: servir como voz profética para denunciar el mal doquiera que se encuentre, sin importar el precio que haya que pagar. En la epístola de San Judas se nos amonesta a contender ardientemente por la fe

que ha sido una vez dada a los santos. La fidelidad a la fe no es negociable en ninguna época ni bajo ninguna circunstancia. Pero el que pretenda identificar "la fe" con una interpretación dada que surgió como respuesta en un momento dado, y pretende eternizarla a fuer de que esa interpretación es la fe "una vez dada", está usando la teología como agente policiaico que actúa en defensa de intereses privados y transitorios.

Porque la esencia de la fe que ha sido una vez dada a los santos, como bien lo explica el próximo versículo en esa misma epístola, tiene que ver con "la gracia de nuestro Dios" que es algo dinámico y creativo en cada época. La fe en el Dios único soberano tiene que ver con la exaltación de nuestro Señor Jesucristo que es Señor de la historia, creador y sustentador de todo lo que existe, incluyendo la historia y el destino de los hombres.

San Pablo, escribiendo a Timoteo, nos dice: "Reten la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros" (II Tim. 1:13-14). El buen depósito no es sólo un conjunto de proposiciones cuya formulación quedó fijada de una vez y para siempre. Esto es históricamente insostenible y lógicamente imposible. Ese depósito se refiere al hecho de Cristo, su obra redentora total y a la experiencia que ese hecho produce en la persona. Esos hechos se han transmitido como información histórica, verbal. No podía ser de otra manera. Por eso creemos y afirmamos sin ambages ni rodeos que las Santas

Escrituras son inspiradas por el Espíritu Santo y a ella nos sometemos como nuestra regla de fe y práctica. Spurgeon decía que la Biblia es como un león: no hay que defenderla, sólo hay que dejarla libre. La defensa de la fe y el guardar el depósito ciertamente incluye el compromiso sincero con una serie de proposiciones doctrinales en las cuales explicitamos nuestra fe. Pero si estas proposiciones han de ser fieles al Evangelio, serán fundamento para algo; ideas primarias; proposiciones matrices. La labor de la teología no es guardar el fundamento pues en cierto sentido esta labor ya está hecha con la formación del canon. De aquí la importancia de la doctrina de la inspiración. La tarea de la teología es construir sobre ese fundamento la respuesta de Dios en cada momento histórico. El querer que la teología sólo sirva para defender las construcciones que los teólogos de otras épocas y otras situaciones hayan edificado, es pretender circunscribir la labor de la teología actual a la función policiaica. La teología actual hará bien en estudiar el pasado y conservar de él todo lo que sea bueno y aprovechable. Pero el limitarnos a sólo eso es ser cobarde e infiel a la vez.

Y ya que hablamos de "depósito" me arriesgaría a afirmar que, a pesar de Pablo Freire, creo que hay algo intrínseco en la transmisión de la fe cristiana que requiere en alguna medida y en alguna forma lo que Freire ha denominado "la educación bancaria". Pero habiendo dicho esto, me apresuro a afirmar que el ilustre educador brasileño tiene sobrada razón en su eficaz campaña contra la educación bancaria por el "escándalo pedagógico" del cual es responsable la

“mentalidad bancaria” al considerar al alumno como un mero recipiente donde los profesores depositan el caudal de sabiduría que ellos han atesorado y que el alumno debe recibir y guardar. Cuando nosotros hablamos del depósito de la fe viene a nuestra mente la imagen de un fondo que se nos ha dado en fideicomiso: Un fondo que se nos ha confiado para realizar un propósito y del cual hemos de dar cuenta. El depósito de la fe no es tanto para guardarlo cuanto para usarlo en nuestra propia liberación y como instrumento de liberación.

Hay otro aspecto que quisiera señalar. La teología debe renunciar a toda tentación de encontrar una síntesis que tenga validez y aplicación universal. Mucho antes de que Hegel, Marx, Engels, y compañía refinaran sus planteamientos sobre la dialéctica de la historia, es una cuestión harto conocida que los grandes momentos en la historia del pensamiento, en este caso en la historia del pensamiento cristiano, surgen como síntesis que procuran reconciliar, o que son producto de, un encuentro entre corrientes real o aparentemente contrarias. Hoy, sin embargo, debemos considerar estas síntesis como tentaciones de las cuales debemos huir. Porque toda reducción sintética es un intento fallido de abarcar la realidad, ya que hay una contradicción intrínseca entre las realidades concretas (plural) y cualquiera síntesis abstracta (singular).

Nos referimos concretamente a las síntesis que en política se llaman capitalismo, marxismo, sindicalismo, etc., en cultura podríamos citar el constantinismo, el secularismo, el revolucionismo, etc; y en

teología, baste citar el tomismo, el calvinismo, el liberalismo.

La teología que quiera mantenerse libre tiene que reconocer el carácter precario y transitorio de toda formulación sintética, inclusive aquellas que pueden estar dentro de la más sana línea ortodoxa y que hayan hecho una contribución positiva al reino de Dios o al desarrollo de los pueblos, o a ambos. La teología debe comprometerse a no comprometerse con ningún sistema dado porque todos los sistemas son esfuerzos parciales y temporales, vale decir, son acontecimientos que por ser históricos son ambiguos, mezcla de bien y mal.

Hablemos ahora del lado positivo:

#### **LIBERACION PARA QUE.**

Se ha dicho que es más fácil hacer una revolución que edificar una nación. ¿Qué rumbo nos marca la voz profética con que Dios nos habla de mil maneras? ¿Hacia dónde vamos?

Aunque el cambio por el cambio está a la orden del día, nuestra perspectiva es clara y nuestro objetivo es decididamente misiológico.

En primer lugar, la teología necesita ser liberada de su enfoque tradicional y restringido para enseñarnos a descubrir, formular y aplicar el mensaje de la Palabra de Dios al hombre contemporáneo.

Cuando San Pablo afirma que “toda Escritura es inspirada” creemos que está señalando tanto al momento histórico cuando el Espíritu Santo obró sobre los santos varones de Dios encargándoles la revelación primaria, como a la obra contemporánea del Espíritu en cada momento histórico para hacer

ese mensaje pertinente, entendible y persuasivo. La teología que insiste, por inercia o por testadurez, en ocuparse únicamente de temas tradicionales e ignorar las preguntas candentes que formula el hombre contemporáneo de cada generación, pertenece más bien al museo y no a la iglesia; al pasado y no al presente.

En gran parte este es un problema metodológico. Necesitamos descubrir maneras en que el conocimiento de todo el rico y variado contenido de la tradición teológica pueda ser compartido mediante el uso de los más modernos principios pedagógicos y la utilización de los mejores instrumentos que la tecnología haya diseñado. De esa manera se reducirá considerablemente el exorbitante tiempo que ahora se dedica a adquirir los conocimientos. Hay que hacer responsable al estudiante de encontrar por su propia cuenta mucha de la información que ahora se da en clase, para así liberar el tiempo de intercambio en el aula para la concientización, reflexión, evaluación y aplicación a nuestro contexto.

En segundo lugar, la teología necesita corregir su orientación a fin de que libertada de su limitación sectarista tanto en lo eclesástico como en lo ideológico, pueda despertar en el estudiante una verdadera pasión por toda la verdad de Dios.

Una de las responsabilidades actuales de la teología es corregir la perspectiva estrecha que el denominacionalismo ha impuesto sobre grandes sectores de la iglesia cristiana. Entiéndase bien que no estamos aquí cuestionando el origen y la existencia con vida aparte de

las distintas tradiciones cristianas. Pero la teología que pretenda defender los particulares énfasis y manifestaciones de cualquier denominación en particular a expensas de las manifestaciones de la verdad de Dios en la totalidad de la iglesia cristiana, tendrá que reconocer los límites que ella misma se ha impuesto. Una de las razones por las cuales algunos seminarios denominacionales están en crisis institucional se debe precisamente a que en una época privaba la idea de que la mejor manera de preparar pastores para una denominación era aislarlos del resto de las demás comunidades cristianas para inculcarlos en sus particulares doctrinas, historia y énfasis. Sin embargo, hoy día se considera que es mejor prepararse para el ministerio cristiano en un ambiente donde se enseñe la verdad de Dios en su totalidad, según se manifiesta en las variadas tradiciones cristianas.

En tercer lugar, el nuevo enfoque teológico deberá encaminarse hacia el desarrollo de una teología para el pueblo latinoamericano. Recientemente se ha empezado a hablar de "Teología latinoamericana" y de "teólogos latinoamericanos". Permítaseme decir que hay un gran peligro, que tanto los latinoamericanos que hacen teología como los extranjeros que hacen teología latinoamericana deben evitar a toda costa. Me refiero al hecho de no tomar en serio a nuestro pueblo, su idiosincracia, su cultura, sus problemas. De otra forma me temo que la "teología latinoamericana" se reducirá sencillamente a aplicar los "principios universales" de la teología a nuestra situación particular. Trataré de explicarme un poco mejor. El famoso experto en comunicación canadiense,

MacLuhan, ha acuñado la frase: "El medio es el mensaje". Lo incisivo de su ya famosa frase es que desde la perspectiva de la ciencia de la comunicación, nos está replanteando el antiguo problema de los fines y los medios. Desde nuestro punto de vista, la finalidad de desarrollar una teología cristiana para Latinoamérica no puede cumplirse aparte de la utilización como medio para teologizar de nuestro pueblo y con todos sus factores culturales, políticos, sociales, psicológicos, etc. Todo aquel que quiera hacer genuina teología para Latinoamérica, tendrá que liberarse del coloniaje cultural al cual hemos sido sometidos para que pueda, con anteojos más claros, sentir un nuevo y más profundo aprecio por lo autóctono. Tal revalorización, podría incluir entre otros los siguientes factores.

1. El valor de la espontaneidad latina, producto de nuestra historia y de nuestro subdesarrollo tecnológico, en oposición a la valorización desmedida del orden y de la disciplina que ha caracterizado a los pueblos que nos han misionado pero que los han despersonalizado con el consiguiente empobrecimiento de la doctrina y práctica cristiana sobre la persona.

2. Un nuevo aprecio por nuestra música con sus tonalidades, peculiaridades, y sus instrumentos característicos, a la par que un renunciamiento a seguir aceptando la música evangélica extranjera como la clásica y normativa para la expresión de nuestros sentimientos y culto cristiano. Cualquiera persona que se exprese despectivamente de nuestra sencilla

"coritología", con su marcada influencia indígena, africana y española, no se ha liberado lo suficiente del colonialaje cultural como para ganarse el derecho de hacer teología latinoamericana.

3. Una postura intransigente en cuanto al derecho que asiste a las iglesias latinoamericanas de establecer su propia agenda para el desarrollo de la teología que les ha de identificar y que le ha de servir como medio de comunicación del mensaje de Jesucristo. Resulta cómico, si no fuera trágico, que, en la mayor parte de los eventos internacionales, por no decir en todos, donde se han tratado éstos y otros problemas relacionados, particularmente entre las iglesias evangélicas, el temario es alarmantemente similar. ¿A qué se debe esto? Hay muchas razones y el problema es bastante complejo. Una de las razones principales, es que se ha hecho dogma la idea de que la fe evangélica es una y que los problemas son iguales en el mundo entero. Por lo tanto, si uno ha de teologizar evangélicamente siempre lo hará alrededor de los mismos temas. La primera vez que uno escucha este argumento le parece plausible. Pero cuando uno conoce la situación a fondo, se da cuenta que si los temas y las respuestas coinciden tan asombrosamente, se debe a que, generalmente la agenda es impuesta por criterios que representan intereses creados.

Hubo una época en que esto cumplió un propósito, y quizás por ello debemos dar gracias a Dios. Pero no debemos permitir que extranjeros miopes continúen dictando nuestras políticas eclesísticas y misioneras valiéndose de nacionales domesticados. La teología

está obligada a comprometerse a ayudar a nuestros pueblos a tener un reencuentro con nuestra cultura, con nuestra música, con nuestro ser político, con nuestro destino histórico.

Finalmente, la teología necesita reestructurar su enfoque y metodología para que pueda ponerse incondicionalmente al servicio de una misiología que sea a la vez bíblica, contemporánea y contextual.

La teología es sólo fin en cuanto nos haga mejores instrumentos de reconciliación para exhibir, proclamar y realizar el mensaje de Dios a cada hombre en particular y a las estructuras sociales en que el hombre vive.

Desde su fundación el Seminario Bíblico Latinoamericano se ha caracterizado por su énfasis en la evangelización. Si hoy día se nos considera como uno de los centros teológicos más estratégicos no es necesariamente porque contemos con un cuerpo docente que posiblemente no tiene paralelo en ninguna otra institución del tercer mundo. Se debe más bien a que todo este cuerpo docente, junto con los otros recursos con que Dios nos ha dotado aquí, estamos comprometidos en el quehacer teológico, no como un ejercicio intelectual que gratifique nuestro ser institucional, sino como un centro adonde puedan acudir, hombres y mujeres de todo el mundo hispano para recibir la capacitación que necesitan para salir a servir a un mundo en crisis a través de las multiformes manifestaciones del ministerio cristiano.

Al efecto, a partir de 1973 se pluralizan nuestros programas como nunca antes para dar enfo-

ques particulares a los distintos aspectos del servicio cristiano. Habrá tres distintos programas de licenciatura orientados a las necesidades y futuros trabajos de los estudiantes; además, ofreceremos siete carreras intermedias de especialización profesional que abarcan tantos otros aspectos del ministerio cristiano.

Esperamos que nadie interprete nuestra actitud de confianza en Dios para el futuro de nuestro ministerio en ningún sentido egoísta. Estamos muy conscientes del peligro que nos acecha y constantemente el Espíritu de Dios nos recuerda la amonestación que Dios dio a Moisés: "Mira que no te tornes hacia la derecha o hacia la izquierda". Queremos servir a Dios en la comunión más amplia posible con todos aquellos que están dedicados al ministerio de la educación teológica. Una manifestación de ello es el hecho de que, Dios mediante, el próximo año a través de un programa especial de becas, tendremos en nuestro Seminario cinco profesores de otras tantas instituciones que recibirán cursos especiales que complementarán su preparación a fin de que puedan realizar un ministerio más efectivo en sus respectivos seminarios o institutos bíblicos.

Así como el médico es para curar enfermos, se es teólogo en función de los fines de la teología. En este sentido pudiera decirse que la teología debe ser finalista. Pero cuidado con poner la teología al servicio de un fin limitado por nuestras presuposiciones y objetivos. La teología ha de servir los fines de Dios en cada época, en cada contexto.

Si en nuestra época la teolo-

gía se convertirá en fuerza liberadora deberá comenzar por liberarse a sí misma de todo aquello que le

impida realizar su función creadora.